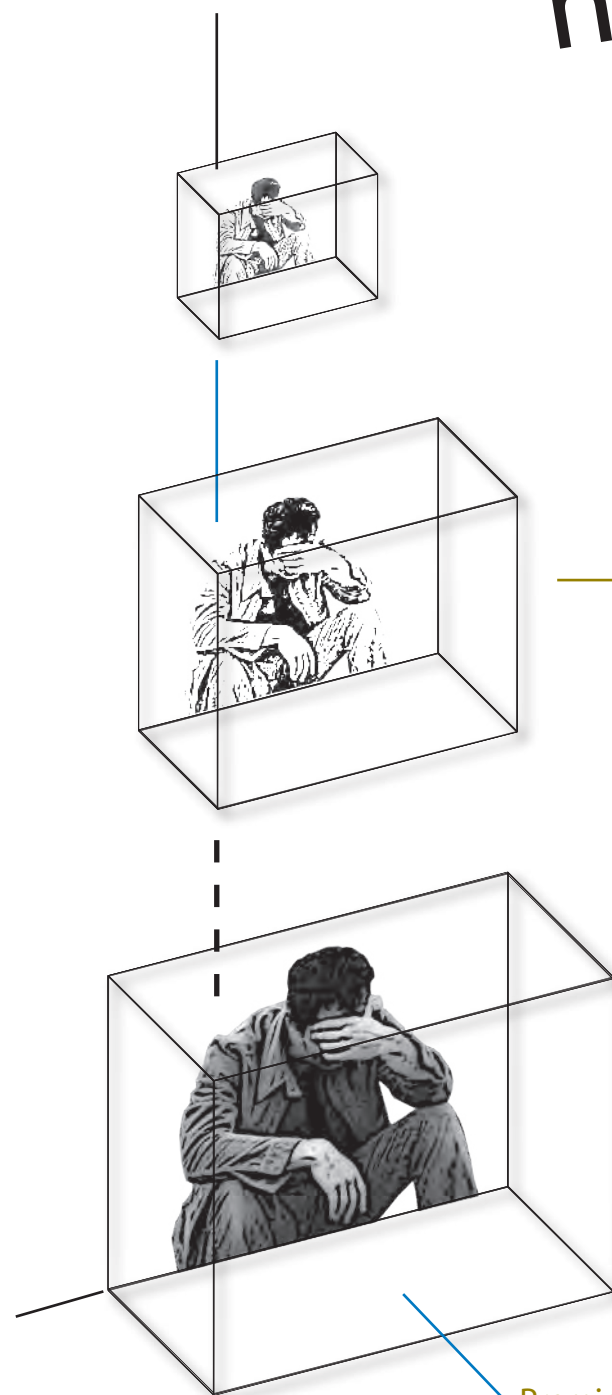


Por un minuto nada más

A la memoria de mi padre



Javier Saldarriaga

Premio Nacional de Cuento
Universidad de Antioquia 2008

Entonces, mamá se quedó congelada como si un fantasma la hubiera acariciado en la barbilla y al cabo de unos segundos me dijo:

—¿Dónde estaba eso?

—Guardado —le contesté con la caja larga y angosta en las manos—. No sé dónde pero apareció.

—No sabía que lo tuvieras todavía.

En realidad, yo tampoco lo sabía; el hecho era que había vuelto a verlo dos días atrás, durante la mudanza, y que ahora lo tenía de nuevo conmigo.

—¿Y qué vas a hacer con él? —preguntó ella.

—Voy a armarlo —le dije y me dirigí a la biblioteca.

Dentro del cuarto una persiana de laurel tamizaba la luz vespertina de noviembre y la regaba en surcos calizos por el parquet. Las cajas con libros estaban amontonadas en las esquinas, encintadas y selladas todavía, y se olía un aroma dulce a madera embarnizada que brotaba de los anaqueles vacíos de los armarios. A cuerdas de allí, el tráfico en la autopista sonaba como la caldera encendida de una factoría lejana. Descargué el paquete y me senté en el suelo dispuesto a invertir el resto de la tarde en el ensamblaje de aquel mueble para documentos.

—Es tu regalo de cumpleaños —me había dicho mi padre una mañana de septiembre de hacía dos años.

—Gracias —le había dicho yo.

—Espero que te sirva.

—Sí.

—Tiene buena capacidad —dijo y señaló la foto pegada a la cubierta—. Caben cuarenta carpetas. Por ahora es apenas —agregó y palmeó el cartón—, después vas a necesitar otra cosa; algo más grande.

—Gracias.

—¿Te gusta?

—Sí.

Mamá encendió la televisión de la sala y una voz mexicana empezó a traer noticias hasta la biblioteca. Corté las cintas que aseguraban la cubierta y brotó el olor rancio de los envoltorios plásticos. Sobre las partes del mueble había un folleto con las instrucciones para el ensamblaje pero preferí sacar todas las piezas y ponerlas en el piso. Había tres pares de barras de hierro del mismo tamaño —tres palmos de largo por dos pulgadas de calibre—, doce barras cilíndricas de aluminio o algún material similar, de poco grosor y destinadas

a servir como traviesas, y un juego de seis rodamientos que debían calzarse a las barras de hierro para permitir la movilidad del aparato. Con algo de lógica y buen tiento la instalación tomaría poco menos de una hora.

—Es fácil de armar —había dicho él la mañana en que me lo obsequió. Mamá estaba a su espalda—. Primero pegas dos de las transversales a una de las barras y luego lo mismo, vas haciendo lo mismo. Al final las ruedas y listo.

—Bien —le dije yo.

—Pegás las dos primeras y lo apoyás en el suelo, al revés, para aprovechar el soporte de las barras.

—Sí.

—¿Qué tal? —dijo y me tocó el hombro—. Está bueno, ¿no?

—Claro, muy bueno —aseguró ella y se acercó. Miró la cubierta de la caja y leyó algunas de las inscripciones que había bajo la fotografía del mueble—. Muy práctico.

—Hubiera querido darte algo...

—Super útil —le interrumpió ella—. Mucho mejor que tener los papeles por ahí.

—Sí —dije.

—Bueno —dijo él y me abrazó—. Felices veinticuatro, abogado.

Recibí las felicitaciones de ambos y acomodé la caja bajo el escritorio. Al término de aquel día, luego de que se hubieron marchado los últimos amigos, subí a mi cuarto y me acosté en la cama. Mamá subió a verme.

—¿Cómo estás? —dijo y se sentó junto a mí. Una noche de nubes gelatinosas pendía en la ventana.

—Bien.

—Quiero pedirte algo.

—Sí, ya sé.

—Por favor, Samuel —replicó con dureza.

—No he dicho nada. ¿Dije algo malo?

—No hizo falta.

—¿Y qué querías?

—Menos ruido —me dijo—. Nada más.

—Menos ruido, menos ruido.

—¿Qué pasa?

—No sé —dije—. No sé qué pasa.

—Nadie te obligó a que te metieras en esa carrera.

—¿Yo dije eso?

—Lo digo por si acaso. No soy adivina.

—Ya sé.

—Por favor.

—¿Por qué eso? ¿Por qué un regalo que tuviera que ver con esa mierda?

Ella giró la cabeza y miró la caja que estaba arrinconada contra la pared, debajo del escritorio. Luego se volvió y me dijo:

—¿Se lo dijiste?

—No.

—¿Entonces? —dijo—. Las cosas no están fáciles, Samuel.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí.

—Hasta mañana —dijo, me besó en la mejilla y salió de la habitación.

Aquella noche me costó dormirme. Recuerdo la pasta viscosa de nubes nocturnas que saturaba la ventana.

La tarde se estaba yendo despacio de la biblioteca y dejaba unas pocas líneas evanescentes de luz en el aire de la habitación. En la autopista, el tráfico había cobrado volumen como si un operario hubiese abierto al máximo la llave de la caldera y ahora el suministro de combustible en la mezcla fuera mayor. Para ese momento, había empalmado dos de los tres pares de barras de hierro con ocho de las doce traviesas cilíndricas y eso representaba más de la mitad del trabajo. Sólo restaba ensamblar los soportes y barras sobrantes, calzar los rodamientos, y el montaje habría terminado.

—¿Cómo vas? —preguntó la voz de ella desde la puerta de la biblioteca.

—Bien. No falta nada.

—Eso veo —dijo. El mexicano seguía contando cosas—. Ya está casi listo.

En octubre las cosas empeoraron. Mi padre perdió su cuota de propiedad en la compañía que había fundado hacía casi dos décadas, y para comienzos de enero ya vivíamos fuera de la ciudad, en una vieja casa de tapia y antigua mayordomía de una de las fincas de nuestro abuelo materno. Mi padre se empleó como administrador de la empresa que le había pertenecido, bajo la dirección y mando de sus socios anteriores, aquellos a quienes había incorporado a la firma cinco o seis años atrás cuando el negocio funcionaba sin inconvenientes. Durante aquel año y gran parte del siguiente, intentamos seguir con nuestras vidas como mejor podíamos hacerlo, hasta que llegó la madrugada del primer viernes de noviembre. Esa noche, mi padre se encerró en su cuarto, se puso un *Smith and Wesson* calibre treinta y ocho bajo la oreja derecha, y eso fue todo. Recuerdo que en

medio del sueño de la una y algo de la mañana oí la detonación, un golpe seco como el que haría un cajón que se cierra violentamente en una habitación distante. Al principio no entendí qué era ni a qué se debía, pero luego, quince o veinte minutos más tarde, cuando la silueta de mamá se perfiló en la entrada de mi cuarto, supe de qué se trataba.

Un par de días después nos mudamos de nuevo a la ciudad, al apartamento que acabábamos de alquilar en un condominio de la zona oeste y en el que apenas nos estábamos instalando. Y fue el día de la mudanza, cuando el mueble saltó de entre los trebejos y volvió al presente.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté a mi madre enseñándole la porción armada.

—Está muy bueno —contestó desde la puerta.

—Faltan estas dos —tomé las dos barras restantes de hierro—, después pongo las ruedas y listo. Esta semana me llegaron dos casos más.

—¿Los que me contaste?

—No. Dos nuevos. Seis meses litigando y ya me llené de papeles.

Una lluvia imberbe se puso a golpetear en la ventana fulminando lo que quedaba de la tarde. Mamá se acercó y acunó mi cabeza en su pierna. Sentí la tibieza del muslo en mi sien.

—¿Y dónde vas a ponerlo? —preguntó.

—Todavía no sé.

—Hace frío —dijo—. ¿Quieres tomar algo?

—Quisiera verlo, mamá. Eso quisiera.

—Lo sé.

—Así fuera por un momento; por un minuto nada más.

—Ven —insistió—. Vamos a tomarnos algo.

Se dio vuelta y salió en silencio de la biblioteca. Me levanté y la seguí por la penumbra del pasillo cargando las barras en mis manos. Eran negras y largas, muy frías al tacto. ■

Javier Saldarriaga (Colombia)

Abogado, profesor universitario y miembro del taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto. En 2003 obtuvo el primer lugar en el "Concurso Internacional de Cuento La Cultura", de Buenos Aires, Argentina, con el relato "Por respeto a lo que fue". Su relato "Agujas de pino" fue seleccionado en la compilación digital: *Literatura antioqueña clásica y contemporánea* dentro del programa de "Recuperación de la Memoria Cultural".

Este cuento hace parte del libro *Lomos de sábalo y otros cuentos*.

SIN NOMBRES, SIN ROSTROS NI RASTROS

Cuento de Jorge Eliécer Pardo

Fotografías de Stephen Ferry y Luis Henry Agudelo

INÉDITO DE LA NOVELA *EL PAÍS DE LA CANELA*

Gonzalo Pizarro era el tercero

William Ospina

Imágenes de Theodore de Bry tomadas del libro *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, Ediciones Casa de las Américas.

MONTAIGNE EN EL DÍA DEL MAESTRO

Ensayo de Jorge Orlando Melo

Grabados de Alejandro García Restrepo

ENTRE LA CENSURA FRANQUISTA Y LA CENSURA CASTRISTA EL BOOM DE LA NOVELA LATINOAMERICANA

Texto de Juan Gustavo Cobo Borda

Ilustraciones de Nicolás Lozano

LOS 68 Y SUS AMULETOS AUXILIO LACOUTURE Y ROBERTO BOLAÑO

Ensayo de Alberto Bejarano

Imágenes de Javier Gutiérrez

PEDRO ANTONIO MARÍN: UN HOMBRE LLAMADO «TIROFIJO»

Testimonio de Yezid Arteta

Fotografías de Guillermo González Uribe

BICENTENARIO DE LA EXPEDICIÓN BOTÁNICA LA CASA DE LA FLORA EN BOGOTÁ

Elizabeth Saravia Ríos

Imágenes tomadas del libro *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reyno*

de Granada (1783-1816).

Tomo XI, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.

BICENTENARIO DE LA EXPEDICIÓN BOTÁNICA ¿TÉ DE BOGOTÁ?

Itinerario de un proyecto frustrado

Carlos Barreiro Ortiz

Ilustraciones de Cristo Hoyos

CADENCIAS DE UN CLIMA SARIO

Cuento de Julián Silva Puentes

Ilustraciones de Lina María Parra

«AMO SUS VERSOS CON TODO MI CORAZÓN, QUERIDA SEÑORITA BARRETT»

El invierno del cortejo literario y sentimental de Robert Browning y Elizabeth Barrett Barrett

Selección y traducción de Humberto Marín

Imágenes de Mauricio García

RESEÑAS

Vida y destino, de Vasili Grossman, por Aaron Ossiaz; *La carretera*, de Cormac MacCarthy, por Fátima Vélez Giraldo; *Escribir es lo que cuenta. Entrevistas de La Cueva*, de varios autores, por Jorgeluis Caicedo; *Chiquita*, de Antonio Orlando Rodríguez, por Pablo Montoya; *Diccionario Anarquista de Emergencia*, de Juan Manuel Roca e Iván Darío Álvarez, por Leopoldo Múnera Ruiz; *El centurión de la noche. Joe Arroyo, una vida cantada*, de Mauricio Silva, por Marta Orrantía; *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*, de Myriam Jimeno y Juan Gregorio Palechor, por Joanne Rappaport; *Justos por pecadores*, de Fernando Quiroz, por Naudín Gracián; *Los climas (Iklimler)*, dirección, guión y montaje: Nuri Bilge Ceylan, por Pedro Adrián Zuluaga.



Suscríbese a Número por sólo \$35.000 al año

Para mayor información: Dirección: Cra. 19B No. 85-40 Bogotá • Teléfonos: 635 8012 - 635 8013

Suscripciones: 691 8678 - 691 8679 • e-mail: numero@revistanumero.com

Revista *Número* se encuentra en las principales librerías y tiendas de cadena del país.

Consulte la versión en Internet: <http://www.revistanumero.com>